



II JORNADA MUNDIAL DE LOS POBRES

Guion para la homilía

Lema de la Jornada

Celebramos por segundo año la Jornada Mundial de los Pobres que, por deseo expreso del Papa Francisco, está llamada a ser una de las grandes Jornadas de reflexión, oración y acción que la Iglesia Católica ha de celebrar cada año en su continuo afán por construir el Reino de Dios entre los hombres y manifestar su amor preferencial por los pobres.

Este año el Papa nos propone como lema de la Jornada la preciosa frase del salmo 34, 7, «Este pobre gritó y el Señor lo escuchó». Una frase que nos recuerda, en palabras del propio Francisco, que Dios siempre escucha y responde y que *la respuesta de Dios al pobre es siempre una intervención de salvación para curar las heridas del alma y del cuerpo, para restituir justicia y para ayudar a reemprender la vida con dignidad.*¹

Actitud ante los pobres y las pobrezas

En las palabras del salmo, y en las del Papa, encontramos un modelo preciso de cuál debe ser la actitud de la Iglesia ante los pobres y las pobrezas que diariamente van surgiendo ante nuestros ojos en un mundo que *elogia, sigue e imita a quienes tienen poder y riqueza, mientras margina a los pobres, considerándolos un desecho y una vergüenza.*

Si Dios, nuestro Maestro y Señor, oye siempre a los que elevan hacia Él su grito desde su pobreza, desde su sufrimiento, desde su corazón destrozado y desde su dignidad atropellada, ¿cómo obrar nosotros de manera diferente? ¿Cómo no abrir también nuestros oídos ante ese clamor de los pobres?

¿Y cómo no responder igual que lo hace el Señor? El pobre de la Biblia —y los de nuestro mundo también debieran tener esa posibilidad en nosotros—, *vive con la certeza de que Dios interviene a su favor para restituirle la dignidad.*

Centralidad de la acción de Dios y de los pobres

Porque la pobreza no es algo inherente a la propia condición humana, como algunas corrientes de pensamiento muy presentes en nuestra cultura sostienen, sino que *es causada por el egoísmo, el orgullo, la avaricia y la injusticia*, pecados tan antiguos como el hombre mismo, pero no por ello inevitables ni justificables. Esta dinámica del pecado y de sus consecuencias terribles se rompe no solo por nuestra acción, sino *gracias a la potencia de la intervención de Dios*, de la que ciertamente nosotros podemos y debemos ser colaboradores.

El Papa nos recuerda con toda claridad —y esta es una idea-fuerza en el mensaje para esta Jornada—, que *los pobres son los primeros capacitados para reconocer la presencia de Dios y dar testimonio de su proximidad en sus vidas. Dios permanece fiel a su promesa, e incluso en la oscuridad de la noche no deja que falte el calor de su amor y de su consolación. Sin embargo, para superar la opresiva condición de pobreza es necesario que ellos perciban la presencia de los hermanos y hermanas que se preocupan por ellos y que, abriendo la puerta de su corazón y de su vida, los hacen sentir familiares y amigos. Solo de esta manera, dice el Papa, y es clave para vivir nuestra relación con los pobres, podremos «reconocer la fuerza salvífica de sus vidas» y «ponerlos en el centro del camino de la Iglesia».*

¹ Los textos en cursiva son citas textuales del Mensaje del Papa Francisco para la Jornada.

Concreción de nuestra actuación

No es fácil, ciertamente, encontrar el modo de acercarnos a los pobres, pero cuando lo logramos, *sabemos que la primacía le corresponde a Él [el Señor] que han abierto nuestros ojos y nuestros corazones a la conversión*. Al ponernos al servicio de los pobres, nos convertimos en instrumentos en las manos de Dios para que se reconozca su presencia y su salvación. En este encuentro, no somos nosotros los protagonistas, sino que lo son el Señor y los pobres, en un hermoso intercambio en el que Dios nos utiliza como canales para comunicar su amor a los pobres y estos se convierten en nuestros evangelizadores al iluminarnos con su vida y llamarnos a la conversión.

Así, aunque no sea fácil encontrar ese modo de acercarnos a los pobres, hemos de esforzarnos por hacer realidad las palabras del salmo: «Los pobres comerán hasta saciarse» (Sal 22, 27). Estamos llamados a promover un encuentro que sea enriquecedor para todos, un encuentro en el que sentados a la misma mesa, podamos hablar y escuchar, servir y dejarnos servir, enseñar y aprender.

¿Por qué no podemos, como ya hacen muchos grupos de Cáritas y de otras instituciones de la Iglesia, sentarnos alrededor de un café o un te y en la misma mesa compartir inquietudes e ilusiones, tristezas y alegrías? ¿Por qué no organizar un día de excursión juntos, para poder descubrir, también juntos las maravillas de la creación de Dios y de las obras de los hombres, y así dar gracias juntos a Dios por ellas? ¿Por qué no participar los unos en las fiestas de los otros, o rezar juntos cuando alguien de esa familia que debemos formar con los pobres es llamado por Dios a su presencia? ¿Por qué no...tantas y tantas cosas posibles como la creatividad del amor puede sugerirnos?

La Jornada Mundial de los Pobres no es una jornada para hacer una colecta más en favor de los pobres. No es tampoco una jornada para hacer algo «por» los pobres, sino «con» los pobres. Una jornada que debe ser vivida por toda la Iglesia —diócesis, parroquias, comunidades, movimientos, asociaciones, instituciones— como un momento privilegiado de nueva evangelización. Un momento en que nos abrimos a los pobres y nos dejamos evangelizar por ellos. Un momento en el que *tendiéndonos recíprocamente las manos unos a otros, se realice el encuentro salvífico que sostiene la fe, vuelve operativa la caridad y permite que la esperanza prosiga segura en su camino hacia el Señor que llega*.

Que el Señor nos abra los oídos para escuchar a los pobres, nos ayude a sentarnos con ellos en la misma Mesa y a compartir el mismo Pan y la misma Vida.